

MICHELLE RAIBLE QUIÑONES / periodista

El lago como cuerpo violentado

Esta conversación está dedicada a la memoria de Rossana Reguillo, cuya mirada lúcida y generosa —en los últimos años forjada también desde la ribera del lago de Chapala— seguirá iluminando nuestras preguntas.
Elizabeth Prado

El lago de Chapala suele aparecer en las conversaciones públicas como una reserva de agua, un paisaje turístico o un símbolo natural de Jalisco. Sin embargo, mirar al lago únicamente desde lo ambiental deja fuera muchas de las tensiones que atraviesan su existencia cotidiana. Para la académica Elizabeth Prado, profesora e investigadora del ITESO, el lago también debe entenderse como un territorio político: un espacio donde se disputan intereses, recursos, poder y formas de vida.

Desde una mirada sociopolítica, Chapala no es solamente un ecosistema que enfrenta deterioro ambiental, sino un territorio atravesado por relaciones de desigualdad. La pregunta ya no es únicamente cómo proteger el agua, sino quién decide sobre ella, quién se beneficia de su explotación y quién asume las consecuencias de esas decisiones.

“Un análisis sociopolítico convierte al lago en un problema político”, explica Prado. Esto implica observar las dinámicas de poder que existen alrededor del agua, la pesca, el desarrollo urbano y las actividades económicas que dependen del lago. Detrás de cada decisión hay actores con distintos

grados de influencia: gobiernos, empresarios, sectores agrícolas, desarrolladores inmobiliarios y también comunidades ribereñas, pescadores y pueblos originarios.

Pensar el lago como un territorio político significa reconocer que no todas las voces tienen el mismo peso. Mientras algunos actores cuentan con recursos económicos, influencia institucional o capacidad de presión, las comunidades que viven directamente del lago suelen quedar fuera de los espacios de decisión. Muchas veces las políticas se construyen desde escritorios alejados del territorio y sin considerar las consecuencias concretas para quienes habitan sus orillas.

Desde esta perspectiva, la académica propone una idea poderosa: entender al lago de Chapala como un “cuerpo violentado”. Así como los cuerpos humanos pueden verse afectados por violencias directas, estructurales o simbólicas, el lago también recibe las consecuencias de múltiples formas de explotación y control: “No se degrada únicamente como parte de un proceso natural”, explica Elizabeth, “es objeto constante de extracción, explotación y disputa”.

Una de las violencias más graves es la violencia estructural: decisiones gubernamentales, leyes o modelos de gestión que terminan dañando al lago, aunque se presenten como legales o necesarias. La sobreexplotación del agua, la contaminación, la autorización de construcciones cercanas a la ribera o ciertos proyectos agrícolas son ejemplos de cómo las políticas públicas pueden tener consecuencias ambientales y sociales profundas.

Pero existen otras violencias menos visibles. Prado habla de una “violencia lenta”, aquella que afecta gradualmente a las comunidades que dependen del lago para vivir. La contaminación del agua, por ejemplo, afecta la salud, modifica las actividades económicas y deteriora las condiciones de vida de quienes habitan la región.

A esto se suma la violencia criminal. Chapala es un territorio compartido entre Jalisco y Michoacán, estados marcados por la presencia del crimen organizado. Extorsiones, cobro de piso, desapariciones y desplazamientos también forman parte de las dinámicas que atraviesan la vida alrededor del lago. Para Prado, estas problemáticas no deben entenderse de forma aislada, sino como un “entramado de violencias” que termina afectando tanto al territorio como a las personas.

La académica advierte que muchas prácticas dañinas se han normalizado. La extracción intensiva de recursos, impulsada por intereses económicos y empresariales, suele justificarse con discursos de desarrollo o crecimiento, aun cuando comprometa el equilibrio ambiental y limite el acceso al agua para comunidades locales.

Frente a este panorama, Prado insiste en la necesidad de pensar el lago desde una perspectiva de largo plazo. El problema no es únicamente el uso del agua, sino la forma en que se gestiona y las desigualdades que produce esa gestión: “La pregunta incómoda es a quién estamos perjudicando con las decisiones que tomamos hoy”.

Desde una mirada sociopolítica, Chapala no es solamente un ecosistema que enfrenta deterioro ambiental, sino un territorio atravesado por relaciones de desigualdad. La pregunta ya no es únicamente cómo proteger el agua, sino quién decide sobre ella, quién se beneficia de su explotación y quién asume las consecuencias de esas decisiones.

Hablar del lago de Chapala implica mucho más que hablar de naturaleza. Significa reflexionar sobre las relaciones de poder que determinan quién puede decidir sobre el territorio, quién obtiene beneficios y quién paga los costos de un modelo que, muchas veces, prioriza la explotación inmediata por encima del futuro colectivo. •



Ilustración: Kaory Morales Rodríguez